

TRASCENDENCIA PÚBLICA DE LA COTIDIANEIDAD EN LA VIDA DE LAS MUJERES

Una aproximación socio-teológica con seis pequeñas biografías *

RESUMEN

Con este artículo, la autora quiere aportar algunos elementos a la reflexión sobre la relevancia de la vida cotidiana de las mujeres en la construcción de ciudadanía. La exposición sigue un doble movimiento: desde la teoría a la vida y desde la vida a la teoría. Se ha investigado en tres fuentes: adquisiciones de las ciencias sociales, algunos datos de la teología y lo reflexionado por María Teresa Porcile acerca de *La mujer como espacio de salvación* (Madrid 1995).

Palabras clave: vida pública, mujeres, biografías, cotidianidad.

ABSTRACT

The author wants to offer the contribution of her reflection on the importance of women's daily life in building up civic responsibility. The exposition follows two ways: from theory to life, and from life to theory. This is done researching three sources: data from social sciences, data from theology, and the thought of Maria Teresa Porcile on "the woman as environment of salvation" (*La mujer como espacio de salvación*, Madrid 1995).

Key words: public life, women, biographies, daily life.

* Este trabajo ha sido presentado originalmente como comunicación en el I Congreso de Teólogas Latinoamericanas y Alemanas y editado en *Actas del 1 Congreso de Teólogas Latinoamericanas y Alemanas "Biografías, Instituciones y Ciudadanía"* en Soporte CD-ROM, ISBN 978-987-24250-0-5. El texto ha sido revisado por la autora para su publicación en esta revista.

El interés por la vida diaria viene a nuestra cultura desde una diversidad de frentes. Todos ellos muy ligados a la sensibilidad y el pensamiento posmoderno. El fracaso de las proyecciones políticas de las ideologías en un extremo; en el otro, la sensibilidad de las nuevas generaciones con su preferencia por lo inmediato, lo actual, la música y el arte, las relaciones humanas primarias. En nuestro país creo que han influido mucho, además de los traumas que supusieron la dictadura, la guerrilla y Malvinas, las débiles realizaciones del sueño democrático y en especial la tremenda crisis del 2001-2002. Aunque parezca paradójico, todo esto ha supuesto un fortalecimiento de la sociedad civil, una innumerable floración de agrupaciones intermedias de todo tipo: solidarias, deportivas, artísticas, *bloggeras*, virtuales o reales. Estas y otras realidades han enfocado reflexiones sobre la vida cotidiana, que se ubican en una corriente de pensamiento que ya viene gestándose hace años en Occidente.

Algunas de ellas miran la vida diaria negativamente y otras lo hacen con menos prejuicios. Entre las primeras estaría Heidegger, para quien la cotidianeidad se identifica con lo que no tiene valor, con aquello en lo que “caemos en la muerte”: un espacio de la vida que hay que liberar, trascender. También Marx y otros “maestros de la sospecha” miran la vida diaria como expresión de la alienación del ser humano. En cambio, la fenomenología la descubre como el campo propio de su trabajo, “el fenómeno” más inmediato, que habrá que saber cómo decodificar.

1. De la teoría a la vida

1.1. Algunos aportes de las ciencias sociales

Hay una gran variedad a la hora de definir lo que se entiende por vida cotidiana. De entre esa variedad, vamos a tomar dos notas: lo cotidiano es lo “común y corriente”, en la vida de la gente:¹ lo que se *repite* como *rutina* a lo largo de los días; y lo que se toma como *normal*, es decir: como esperable. Lo que no sorprende.

Lo cotidiano abarca tanto la esfera privada como la pública.

“No es lo aparente sino lo que debe descifrarse; lo entendemos entonces como mediación que a su vez requiere mediaciones para acceder a él. La vida cotidiana media entre lo privado y lo público: es lo que facilita y permite conjugar la acción individual del hombre con la del otro... es lo que permite el paso de lo privado a lo público, de lo singular a lo universal. En su cotidianeidad el hombre se expresa, dejando huella de su espíritu, creando y recreando en continua tensión-distensión con la naturaleza”.²

Lo cotidiano es siempre símbolo y comunicación, que hay que interpretar. Debajo está el sentido.

Como toda la vida humana, individual y social, en la vida cotidiana la persona es heredera de estructuras, tradiciones y mandatos sociales y familiares. A la vez, lo cotidiano es aquel sector de la existencia donde la persona puede más fácilmente introducir la “novedad”: es un espacio privilegiado de manifestación de la libertad: “¿qué cocino hoy? ¿Carne o pastas?”, o bien: “¿la llamo a Mónica para ir al cine, o mejor me quedo en casa?”... y así tantas otras opciones. ¿In-trascendentes?

En este sentido comprendemos las dos afirmaciones citadas más arriba: “la vida cotidiana media entre lo privado y lo público” y “es lo que permite el paso de lo privado a lo público. A la vez, como ha señalado Hanna Arendt, en cuanto campo propio de la persona individual, sustancialmente libre y creativa, hay que relativizar la condición de “normalidad” de lo cotidiano, ya que a veces las personas “sorprendemos” con nuestras opciones, quizás las más sencillas o quizás no tanto, poniendo *lo nuevo*, por lo tanto, lo *no esperado* en la cotidianeidad. Es así como lo personal se socializa: entregamos a la comunidad un aporte nuevo.

En nuestra antropología consideramos a la persona como “ser-en-relación”. En realidad de aquí parte todo o casi todo lo que podamos decir acerca de *la trascendencia pública de la cotidianeidad* y su consiguiente capacidad de construir ciudadanía. En este sentido podemos considerar niveles en la vida cotidiana:

En el nivel *individual* la persona se muestra de manera específica. Lo cotidiano es el espacio donde la persona ejerce más frecuentemente sus opciones, su modo de ser, su libertad o sus compulsiones, aquello en lo que es actora o paciente. En lo cotidiano la mujer o el varón custodian su privacidad y también se abren a ámbitos públicos. Es asimismo un espa-

1. M. CANALES CERÓN, *Sociologías de la vida cotidiana*, en: GARRETÓN-MELLA (comp.), *Dimensiones actuales de la sociología*, Bravo y Allende Ed., 1995.

2. M. RESTREPO, *La cotidianeidad: una semántica de lo cotidiano*, Serie La cotidianidad N IX.

cio de aprendizaje: de personalización y de socialización. Es cierto que las grandes decisiones de la vida, las no-cotidianas, vienen después de muchas pequeñas opciones cotidianas, aparentemente efímeras, que suelen parecer irrelevantes y que se ocultan en el espacio de lo privado. Son muy pocas las cosas que quedarán para siempre y del todo “perdidas en el alma”, verdaderamente acalladas. Todos sabemos que los *secretos* muy pocas veces quedan como auténticos secretos.

De todas formas, lo que rescatamos principalmente para nuestro tema en el ámbito individual, es lo cotidiano como espacio de aprendizaje. Los aprendizajes que nos socializan se realizan mayormente a través de acciones, de ejemplos, de testimonios cotidianos: a través de rutinas y de normalidades.

Y así pasamos al nivel *social* de lo cotidiano. El trabajo, el alimento, las relaciones primarias, los traslados, la habitación, el descanso, son todas experiencias cotidianas. Algunas de estas experiencias son privadas y otras públicas. Son las cuestiones que mayormente llenan nuestra vida. Hannah Arendt se fija de modo especial en el trabajo,³ que de hecho es un puente privilegiado que conecta lo cotidiano con lo público: el trabajo es casi siempre una actividad social. “Los otros” son compañeros o destinatarios de lo que hacemos. Y en los productos del trabajo la persona va dejando su huella, su marca, aún cuando su nombre no aparezca. Aunque la máquina hace anónimos muchos de los productos del trabajo moderno, fácilmente se desliza la identidad de sus autores, aunque más no sea a través de sus propios errores, cuando no a través de sus rebeldías o caprichos. Porque lo cotidiano no se identifica con lo necesario, lo cotidiano también incluye a la persona en cuanto siempre capaz de novedad.

Es así que lo cotidiano va tejiendo la historia, en lo pequeño y en lo grande. Porque así como los grandes hechos, las revoluciones y cataclismos, los cambios políticos y las obras que cambian la mentalidad común, influyen en la vida cotidiana de millones de personas, también la cotidianidad de millones de mujeres y de hombres va configurando la historia de la humanidad. Y la refleja. ¿qué nos dicen si no los restos arqueológicos? ¿Cómo vamos conociendo las culturas antiguas si no es a través de los utensilios de cocina, los elementos de cosmética femenina, algunos papeles o piedras que parecían olvidados o escondidos, las armas cotidia-

3. Cf. *La condición humana*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2005. Verdaderamente quedamos en deuda de profundizar y hacer justicia de lo que esta gran mujer reflexionó acerca de la vida cotidiana.

namente usadas para proveer alimento y defensa, los objetos religiosos, las costumbres funerarias, los vestidos?

Todo esto da alcance público a lo cotidiano, lo que le confiere densidad ética y política. Porque lo que hace trascendente nuestros hechos, nuestra historia, es siempre la persona, la persona que es tanto centro de decisiones irreductibles como centro de vínculos sociales múltiples, a través de los cuales siempre se van configurando redes.

El origen personal de la cotidianidad le da consistencia ontológica: detrás de lo cotidiano está el ser, porque la vida cotidiana es lugar privilegiado de epifanía de la persona. La cotidianidad es símbolo, es síntoma, es ventana que muestra a la persona y que la comunica con los ámbitos públicos, con los grandes gestos de la historia, con la vida del barrio, de la ciudad, del país, del mundo; es por eso que construye –o puede también destruir– la ciudadanía. La vida cotidiana es realmente un nudo mediador privilegiado entre los diversos ámbitos de la vida humana y del mundo.

Tenemos presente que una persona puede engañar y engañarse, no ser auténtica en algunas o muchas de sus grandes decisiones o de sus grandes hechos. Pero el lugar que va a identificar siempre y realmente lo que una persona es, lo que hace, lo que piensa, lo que decide, es la vida cotidiana, con su continuar y su retomar los caminos que construye en la propia vida. Aunque estos no expresen nunca una libertad “total”, significan y desvelan, la identidad de la persona. Y por eso la proyectan hacia lo público, lo común a muchos, lo comunitario, donde le otorgan un lugar, un papel, una influencia.

1.2. Aportes desde la teología

Son muchas las dimensiones del misterio cristiano que apuntan a la significación de la vida cotidiana de los seres humanos. Vamos a repasar solamente algunas.

Los relatos de la creación, sobre todo el del primer capítulo del Génesis, nos dicen que el mundo es creado por Dios: que Dios es bueno, quiere comunicar la vida, y por eso crea. La creación es la primer manifestación de la bondad de Dios, cuyo ser desborda en don. Lo creado es bueno, y en la cima de lo creado está la persona humana, mujeres y varones, que no sólo son algo muy bueno, sino incluso imagen y semejanza de Dios.

Es cierto que después viene ese despliegue perverso de la libertad humana que llamamos pecado: rebeldía contra Dios (Gen 3) y maltrato entre los mismos humanos (Gen 4). Pero inmediatamente, junto con el asumir la corrupción generada por el pecado, se pronuncia la promesa de un bien mayor (Gen 3). La promesa, en sí misma, y aún asumiendo la situación precaria de la humanidad, confirma la bondad original del mundo y de la humanidad.

Entre tropiezos y remiendos se desarrolla la historia que es de salvación. Pero lo que realmente repara y renueva la humanidad y el mundo es el enorme misterio de la encarnación: “Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único para que todo el que cree en él no muera, sino que tenga Vida eterna” (Jn 3,16). La encarnación es más que la salvación. La encarnación es que Dios nos asume como parte suya. No sólo viene a rescatarnos: se hace uno de nosotros, se incluye respetuosamente en la humanidad. Sin dejar de ser Dios, se hace plenamente humano en el Hijo. Y es así como la vida, toda la vida, no solo sus cimas, sino también sus simas y sus pampas, se hace lugar sagrado, lugar teológico. Eso no significa que pierda espesor humano, sino que confirma la humanidad en su valor propio y la hace casa de Dios. Desde la encarnación, nada de lo de Dios es ajeno a los seres humanos, pero también, nada humano le es ajeno a Dios. Lo uno y lo otro, aunque siguen siendo desiguales, no se alienan mutuamente sino que mutuamente se liberan.

La encarnación significa que los gestos de Dios en favor nuestro no se reducen a las grandes acciones: a la fecundidad de una Sara muy mayor, al paso del Mar Rojo, a la liberación de Egipto, a entrar en posesión de la tierra prometida, a los triunfos y los arrepentimientos de David, a la vuelta del exilio. Ni siquiera se acaban, los gestos de Dios, con la Pascua de Jesús. Sino que Dios se entereva en las vidas humanas, en cada una y en todas, con sus cotidianidades, sus risas y sus llantos, con sus trabajos y sus descansos, con sus triunfos y sus fracasos, con los reyes y los mendigos, los niños y los ancianos, las mujeres y los varones.

El núcleo teológico para mirar el significado de la vida cotidiana para la construcción civil y civilizada de nuestras sociedades, es la cristología, y especialmente el misterio de la encarnación.

Lo cual resplandece en lo que sabemos de Jesús de Nazareth, en sus palabras, sus gestos y los hechos de su vida. Jesús nace y crece en una familia común. Vive durante unos 30 años la existencia común a los judíos más comunes de su época: aprende, juega, decide, mira, se alimen-

ta, trabaja, descansa como sus conciudadanos. Podemos decir que la vida más cotidiana ocupa el 90% de su tiempo en nuestro mundo.

Cuando llega lo que llamamos su vida pública, de muchas maneras muestra que sus experiencias vitales son las de todos nosotros, y su enseñanza y sus gestos salvadores expresan que la venida de Dios se realiza en las cosas más comunes y menos llamativas. Para señalar el amor completamente extraordinario e innegociable de Dios a cada persona humana, y al conjunto de nosotros, Jesús habla de semillas, de lirios, de pajaritos, de levadura, de siembras y cosechas, de pescas exitosas y fracasadas, de padres y de hijos, de mujeres ansiosas y de hombres duros, de niños molestos y de samaritanos compasivos. Podríamos seguir la lista. Todo resulta epifánico en esta nuestra pobre y grande vida: en nuestra vida cotidiana.

Es cierto que después vendrá el hecho fundamental de la Pascua. Pero la pascua solo se comprende a la luz de la vida cotidiana, así como la vida cotidiana alcanza su espesor teológico, se constituye en lugar de muertes pero también de resurrecciones, a partir de la Pascua.

Consideremos por ahora cuatro temas en los que emerge esta trascendencia de la cotidianidad, que se comprenden a partir de la cristología.

a) La encarnación es manifestación extrema del proyecto de Dios. Todo el plan de Dios tiene una contextura sacramental: es un hecho de comunicación. El lenguaje que Dios utiliza para decirnos su buena voluntad, su amor incondicional, es multifacético. Desde ahí se desarrolla con una multiplicidad de medios: la palabra, las cosas, los gestos, las acciones. Lo cual culmina en la encarnación, en la cual Él mismo se hace lenguaje, palabra, hecho, símbolo que contiene el significado: “el medio es el mensaje”. Nunca esto se ha realizado de manera tan contundente como en la encarnación.

Por eso Jesús es el primer sacramento, la Iglesia el segundo, los siete sacramentos su prolongación: son el don de Dios significado y viabilizado en los diversos momentos de la vida humana.

Entre estos siete sacramentos, hay uno que es el sacramento de la vida cotidiana:⁴ *la Eucaristía*. Este gesto nos confirma que toda la vida es

4. Cf. K. RAHNER, “Eucaristía y vida diaria”, en: *Escritos de Teología VII*, Barcelona, Taurus, 1966, 226-244; L. GERA, *Eucaristía y vida cotidiana*, en: *Escritos teológico-pastorales de Lucio Gera*; Tomo 1, 401-423. L. FLORIO, “Un sacramento para un hombre precario”, *Criterio* 25-8-94, 444-447; J. LLACH, “Adorar la pequeñez de Dios, adorar su compañerismo”, *Criterio* 27-10-94, 579-581.

sagrada, contenedora del amor de Dios por nosotros. Y que esto puede ser continuamente recuperado y celebrado: día a día. La eucaristía es el sacramento de la vida cotidiana, nos lo dice el maestro: “hagan esto en memoria mía”; lo cual se expresa en los signos y en lo que ellos contienen. Porque el fondo de la eucaristía son dos hechos que llenan los días de nuestra vida: la entrega y el alimento. Los signos hablan también de cotidianidad: pan y vino, mesa y cruz. No son elementos reservados para los momentos extraordinarios de la existencia humana, sino cosas y gestos diarios: de los ricos y de los pobres, de los del norte y de los del sur, de los cristianos y también de los que confiesan a Dios de otros modos, y de los agnósticos.

La Eucaristía expresa que todavía no hemos llegado a la resurrección plena, es parábola del camino, y más todavía de la vianda que los peregrinos necesitamos para seguir caminando, para caminar juntos, para caminar bien y sabiendo adónde vamos.

Al mismo tiempo, la Eucaristía nos dice que cada día contiene una pequeña-gran fiesta: la garantía de que lo más grandioso se esconde y se manifiesta en lo más pequeño. Festejamos que en la resurrección de Jesús también nosotros hemos empezado a resucitar, y lo hacemos desde la vida concreta.

b) Ivone Gebara⁵ hace una fenomenología de la salvación desde experiencias de la vida concreta en las que la salvación se vive como resurrección. Esto es expresión de una *escatología presente*: la resurrección se ha dado ya de alguna manera para todos nosotros, y manifiesta su capacidad salvífica en las experiencias diarias que “ayudan a vivir”. Esta perspectiva indica la densidad ontológica y redentora de la encarnación. La historia, nuestra historia, contiene la salvación, la vida recuperada y la capacidad de recuperar la vida eterna también en los gestos diarios de reconciliación, de recobrar los caminos de la vida, de reparar los vínculos humanos, de reencontrar la alegría, de compasión ante el dolor ajeno, de recuperar el sentido.

“En la práctica, hay que recomenzar sin cesar la búsqueda de la salvación, del mismo modo que cada día tenemos que comer y beber de nuevo... Este proceso nos invita a considerar de otro modo la teología de la salvación, a ver en ella una salvación presente en lo inmediato, una salvación que se hace carne ahora, aunque

5. Cf. *El rostro oculto del mal*, Madrid, Trotta, 2002.

sea momentáneamente, una salvación experimentada en los límites de nuestro cuerpo, de nuestro corazón y de nuestra vida cotidiana. Esta salvación está por todas partes, incluso en el infierno que ha creado el ser humano, incluso en medio de los sufrimientos y de los gemidos de dolor”⁶

La hipótesis que intentamos desarrollar es justamente la capacidad reparadora y luminosa de los gestos diarios. Que más pronto o más tarde inciden en la vida pública. “Lo privado y lo público lo personal y lo colectivo viven juntos y dependen lo uno de lo otro”. “Tenemos que mantener siempre la dialéctica entre la micro y la macro salvación, entre el ‘ya sí’ y el ‘todavía no’.”⁷

La Eucaristía otorga la “magia del don”, la gracia, que pone trascendencia en las acciones más inmanentes, más cotidianas y simples: “un encuentro, un acontecimiento, un sentimiento, un beso, un pedazo de pan, un viejecito feliz..., es todo lo que alimenta el amor, lo que nutre nuestro cuerpo y nuestra vida”.⁸ La Eucaristía pone el sello de la presencia cotidiana del Dios que acompaña y que rescata todo gesto de amor, dándole capacidad de “vida y vida en abundancia” (Jn 10,17).

Lo pequeño llama a lo grande, lo lleva, como esos barcos diminutos que remolcan al puerto a los grandes transatlánticos. No se trata de reducir la salvación al *ahora*, al *más acá* de la historia, sino de articular el ‘ya’ con el ‘todavía no’. El vehículo, el barquito, son siempre la fe y el amor. “Estos gestos son prácticas de resurrección”.⁹

Aquí tenemos uno de los mojones que guían este discurso, que es intento de articular, de descubrir las relaciones recíprocamente dinámicas:

- el concreto al que apunta nuestra hipótesis es el vínculo dinámico entre lo cotidiano y la construcción de ciudadanía

- lo que estábamos viendo es la articulación entre el ‘ya’ y el ‘todavía no’, ambos concebidos como realidades escatológicas, que significan la felicidad en el amor que Dios quiere comunicarnos.

- en el medio está vincular las pequeñas acciones cotidianas, “prácticas de resurrección” que muestran la dignidad de la persona y de su alegría en medio de los ajetreos cotidianos: mostrar su vínculo con la lucha por un mundo mejor, el señalamiento de todo lo injusto y de sus causas.

6. *Ibidem*, 161.

7. *Ibidem*, 163.

8. *Idem*.

9. *Ibidem*, 166.

“Reteologizar” estos acontecimientos frágiles de salvación” es verdaderamente sustantivo para comprender el amor incondicional y eficaz de Dios por cada persona y por la comunidad.

c) Otra extensión de la cristología –la cuarta, esta vez hacia el comportamiento y la moral– que ilumina el significado de la cotidianidad es el *amor al prójimo*: Jesús presenta una “*proximización*” del amor. Ambos términos son significativos. El mandamiento de Jesús es el amor, el amor a Dios y a los demás. Y para identificar quiénes son “los demás”, el Señor utiliza la palabra “prójimo”, próximo, vecino, el que tenemos al lado.

Si bien es cierto que “nadie tiene amor más grande que el que da la vida por los amigos”, el amor al que Jesús se refiere más corrientemente es un amor mucho más cotidiano: es el amor de todos los días, y a eso también se refiere la palabra *prójimo*. Es cierto que el amor mayor que conocemos es el dar la vida de Jesús en la Pascua. Pero su amor se refiere a toda su vida: desde el hecho mismo de la encarnación, hasta todos los gestos, las palabras, el trabajo y el descanso de su vida. Y yendo a lo que espera de sus discípulos, Jesús traduce el amor a los gestos diarios de dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, alojar al peregrino, visitar al enfermo y al encarcelado.

Esto sin embargo no es todo: estos gestos no tienen solo un valor ético sino también dogmático: es decir, el prójimo es sacramento de Jesús, los gestos cotidianos tienen valor sacramental: “lo que hicieron con mis hermanos más pequeños lo hicieron conmigo” (Mt 25,31-45). Los gestos hacia el prójimo hacen presente a Dios y Dios se hace presente en ellos. Así como también la Eucaristía es darnos de comer a los que tenemos hambre y de beber a los que estamos sedientos de vida, de luz, de fiesta que no sea tan frágil y perecedera. Los gestos de amor humilde se emparentan con ese don sustancial que da la vida eterna (cf. Jn 6).

d) Por último, *la espiritualidad cristiana* ha encontrado progresivamente caminos para concretar estos aspectos fundamentales del seguimiento de Jesús. Hubo una larga época en la Iglesia, que ocupó siglos, en la que la santidad se buscaba más bien en separarse de las realidades terrenas, también entre los laicos. Creemos que a partir del siglo XVI y sobre todo con San Ignacio de Loyola, se revierte esta tendencia. Y aunque pueda parecer contradictorio, no solo los jesuitas sino también miles de congregaciones religiosas surgidas entonces y después, promovieron una

justa secularidad, una justa laicidad. Son varios los elementos que han expresado esta tendencia:

- buscar a Dios en todas las cosas y a todas las cosas en Dios.
- proponer una presencia visible de Dios y su amor en medio del mundo, sobre todo en medio de las necesidades humanas.
- valorar las ciencias humanas, la educación, el desarrollo de la dignidad humana de los bautizados, religiosos y laicos...
- hacer de la vida concreta materia de oración y relacionar la Eucaristía con la historia concreta, como lugar de inserción del don de Dios en la vida cotidiana, y lugar de entrega de esa vida “fruto de la tierra y del trabajo del hombre” en el corazón de Dios.

Uno de los rasgos característicos de la espiritualidad ignaciana es la contemplación de la vida de Jesús. Esta práctica genera una fuerte connotación encarnatoria en los distintos aspectos de la vida cristiana. Dios ya tiene rostro, figura, presencia humanas. Por lo tanto, podemos buscarlo primeramente, no “más allá” sino “más acá” de la historia. Esta raíz inspira toda la vida humana, en lo grande y en lo pequeño: sobre todo en lo cotidiano, que se convierte en lugar teológico.

Así adquiere sentido el discernimiento espiritual: Dios se entrefiere en nuestras cosas, en nuestras palabras y sentimientos, en nuestra vida. Ésta se hace terreno de buenos y malos espíritus, de buenos y malos sentimientos y deseos, de buenas y malas pasiones. El buen sentido de la fe y la tradición de los santos padres y las santas madres ayudan a distinguir por dónde anda Dios, entretejido su Espíritu con nuestra psicología, nuestras rectitudes y vueltas.

Cuanto venimos diciendo, tomando siempre como marco la encarnación, indica el valor de lo pequeño en la antropología teológica. En Jesús hablamos de *kénosis*, abajamiento. Él mismo nos habló de los niños, los pajaritos, las flores del campo, la pobreza y el dolor, el lugar de los últimos y el servicio como valores, como lugares de grandeza, como espacios sagrados. Lo cotidiano expresa nuestra existencia como precaria, siempre armada en un tiempo que pasa continuamente. Pero, parece decirnos la fe cristológica, la precariedad encierra posibilidades escatológicas, lo definitivo nos llega en el amor que se hace pequeño, aún para lograr lo más grande.

Vamos a mirar ahora de qué modo la vida cotidiana resulta especialmente significativa en la vida de las mujeres.

1.3. La mujer espacio de salvación

Seguiremos brevemente las reflexiones de María Teresa Porcile sobre este tema.

“Resulta difícil un criterio objetivo concreto para lo femenino; se le atribuye a lo femenino la ternura, la solicitud por la vida, etc. (cf. Boff), pero sin una categoría simbólica universal como por ejemplo, la del vientre como espacio de vida, esa búsqueda puede quedar en algo puramente cultural.”¹⁰

Nos parece importante esta propuesta: tomar como punto de partida para identificar el significado de ser mujer y de lo femenino, *un criterio objetivo concreto, una categoría simbólica universal*. Es el modo de no hacer una ideología, sino una teología realista. En este sentido, la maternidad, el útero, el embarazo, adquieren un valor prototípico.¹¹ Verdaderamente, el cuerpo de las mujeres es el espacio en el que la vida es concebida y criada durante los primeros nueve meses de cada persona humana. Este hecho objetivo puede ser considerado como un símbolo real, una parábola de muchos elementos expresivos del ser femenino.

Por otro lado, la vida cotidiana se expresa notablemente en sus espacios típicos: la casa –donde la cocina, el dormitorio, el patio, el living (donde lo hay), el jardín–, la oficina, el taller, la fábrica, la escuela, el hospital, las tiendas, la propia vereda en los pueblos, el mercado. Con mucha frecuencia las mujeres “ponen la nota” en estos ambientes, que por supuesto no son exclusivos suyos. Es probable que ese estilo tenga que ver con “el cuidado”, una actitud que se desarrolla naturalmente a partir de las experiencias del embarazo, la nutrición y la primera formación de los niños, y que está “escrito” en el cuerpo de las mujeres.

A partir de este emparentamiento de lo cotidiano con los espacios, y de los espacios con las mujeres y con el poderoso símbolo, el gran lenguaje que es nuestro cuerpo, podemos seguir nuestra reflexión. Porque

“las mujeres han recuperado la dimensión cotidiana de la historia y, al mismo tiempo, también han recuperado la tradición de su historia y la cotidianidad de las historias y parábolas del evangelio. Hay toda una espiritualidad concentrada en las

10. M. T. PORCILE, *La mujer, espacio de salvación*, Madrid, Publicaciones Claretianas, 1995, 326.

11. Cf. M. J. LLACH, “Más lugar al espacio y más espacio a la mujer”, en SOCIEDAD ARGENTINA DE TEOLOGÍA (ed.), “De la esperanza a la solidaridad” XX Semana de la Sociedad Argentina de Teología, Buenos Aires, San Benito, 2002.

cosas más elementales de la vida, en los encuentros de amistad, en las pequeñas alegrías de cada día, que conducen a un sentimiento de gratitud y de gratitud”.¹²

En este marco podemos re-teologizar la vida cotidiana y su trascendencia socio-ciudadana desde la perspectiva de las mujeres. Repasemos sintéticamente las *consecuencias* sociales y teológicas de estas circunstancias del ser mujer –en especial a partir del lenguaje de su cuerpo–, según las adelanta Porcile.

Al nivel de los espacios, el cuerpo de la mujer habla de lugar de acogida, de encuentro, de cuidado de la vida más frágil. Y lo dice a la sociedad. Es cierto que la mayoría de las guerras se generan en la lucha por los espacios, en el intento de invadir lugares ajenos, en la defensa de la propia tierra como lugar de libertad. Es cierto también que es el cuerpo de la mujer el más capaz de ser violado, no el del varón. En ese sentido, hay en nuestro cuerpo un símbolo y un llamado a la convivencia, a la generación de la vida y no de la muerte, al respeto y la acogida del otro. Esto no significa que las mujeres vivamos siempre así, pero ahí está este mensaje, para ser escuchado y comprendido. Hay una relación directa entre espacios compartidos, convivencia pacífica, generación de la vida y respeto por la libertad del otro, encuentro desde las libertades.

El símbolo tiene un gran poder de comunicar energía a las personas y a los grupos. El cuerpo de la mujer es símbolo-vehículo de espacios de habitación de varios diferentes. También es símbolo de la capacidad de “dar a luz” la libertad del otro, de dejar salir al otro, de dejar que el otro sea él mismo, y de vivir esta separación como un nacimiento, como una ampliación de los márgenes de la vida y de la convivencia humana.

El cuerpo de la mujer, en cuanto alimentador y nutriente, es parábola de la capacidad y la responsabilidad de la sociedad de *cuidar* de los más débiles, a la vez que *darlos a luz*. Es sabido que el ser humano es el viviente que necesita durante más tiempo relativo el cuidado de los adultos para llegar a ser autónomo. El crecimiento humano, la crianza y la educación, se juegan en la capacidad de dar a las generaciones que vienen, buenas raíces y buenas alas: cuidado y autonomía según la situación concreta del sujeto, que en el caso de los niños tenderá a ser progresiva: cada vez menos cuidado, cada vez más autonomía. La palabra cuidado indica ambas cosas: es compañía y animación, puertas abiertas para que el otro pueda irse y abiertas también para que pueda volver como a su propia casa.

12. GEBARA, *El rostro oculto del mal*, 162.

Tanto Jesús como San Pablo utilizaron imágenes femeninas para hablar del cuidado del evangelizador respecto a quien intenta comunicar y cuidar la experiencia de la fe. La Iglesia ha desarrollado muy poco la teología del espacio, y quizás esto se relacione con una Iglesia demasiado masculina. Pero para pensar que hace falta en la Iglesia “dar más lugar al espacio y más espacio a las mujeres” no tenemos que pensar solo en las funciones, en el hacer, en los ministerios, sino partir del ser de varones y mujeres: porque se trata de seguir descubriendo el verdadero ser y la verdadera misión de la Iglesia en cuanto fermento, no principalmente de organizarla. Habría que hablar de las modalidades. Las funciones en cuanto al hacer son secundarias si se las compara con las funciones en cuanto al ser. Es todo el ser de la mujer el que debe impregnar a todo el ser (cuerpo) de la sociedad y a todo el ser (cuerpo) de la Iglesia.¹³

Es cierto que aquí nos vamos moviendo desde la construcción de ciudadanía a la construcción de una Iglesia más auténtica. Pero la Iglesia existe para dar a Cristo, para dar vida, no solo a las personas sino también a las sociedades y los pueblos.

También aquí tenemos una analogía eucarística. La Iglesia es el espacio de la Eucaristía, así como la mujer es espacio donde la vida, sangre mediante, se genera y puede crecer y ser dada a la luz. Así como podemos comparar el darse de Jesús a nosotros con el amamantar, en cuanto que ambas son las únicas experiencias humanas donde se da de comer al débil del propio cuerpo, de la propia sustancia. Así también podemos escuchar la experiencia de la mujer como un lenguaje eucarístico. No como una indicación piadosa, un anexo espiritualizante, sino como comprobación de que tanto la eucaristía, como el cuerpo de la mujer son “conectores” de la vida cotidiana con la vida pública, civil y religiosa.

2. Los conectores

Queremos entresacar de lo reflexionado hasta ahora, los elementos que actúan como conectores entre la cotidianidad de las mujeres y la construcción de ciudadanía.

a) la persona en su individualidad, en su consistencia ontológica, como “único ser al que Dios ha amado por sí mismo” (GS 24) y en su rea-

13. Cf. PORCILE, *La mujer espacio de salvación*, 123 ss. 339 ss.

lidad esencialmente social, que continuamente construye vínculos y vive de ellos y con ellos.

b) la persona en cuanto que es también esencialmente débil y dependiente de los demás, durante toda su vida, pero en especial en sus primeros años y en las situaciones de mayor vulnerabilidad (pobreza, discapacidad, discriminaciones...).

c) La realidad de las mujeres especialmente asociada al espacio, desde lo que nos dice su cuerpo y su capacidad de engendrar, criar y alimentar.

d) El vínculo especial de la vida cotidiana con los espacios en los que se realiza, y de las mujeres como determinantes en esos espacios.

e) La capacidad de la vida cotidiana de educar a las personas, de conformar las relaciones humanas. Así como también el hecho de que es en la vida cotidiana, en su lento discurrir, donde las personas van tomando sus decisiones más personales y con ello van poniendo novedad en lo ya estatuido, en las estructuras y las tradiciones sociales.

Desde el punto de vista propiamente teológico es el misterio de la encarnación el que explica la trascendencia de la cotidianidad en la construcción de la vida civil. Tengamos en cuenta que la noción filosófica de persona se desarrolló desde la teología cristiana, en la necesidad de encontrar conceptos que expresaran la novedad de la revelación. Un concepto que se forja en un primer tiempo para formular y comunicar el misterio de la santísima Trinidad, el hecho de que el Dios único sea una comunidad de diferentes. Y en un segundo tiempo para poder expresar el misterio de la divinidad encarnada en la humanidad de Jesús de Nazareth.

3. De la vida a la teoría: terminamos apuntando algunos modelos de “mujeres que construyen ciudadanía”

3.1. Fortalecer los vínculos

Margarita tiene 43 años y el bachillerato casi terminado. Su profesión es, la mayor parte del tiempo, la de ama de casa, y para más datos, esposa y madre. Con Juan tienen 6 hijos, entre 24 y 1 año: cuatro mujeres y dos varones. A su vez, ella es la mayor de cuatro hermanos, todos casados y con hijos. Algo que la distingue es el intento de fortalecer los vínculos entre su familia y también en su pueblo y en otros ambientes que frecuente, algunos eclesiales.

Hace unos años la pyme de su marido quebró. Margarita se puso a trabajar, diseñando y confeccionando ropa de polar. Esto supuso una dificultad relativa, por lo menos en el cambio de situación y en adaptarse a ella. Pero la iniciativa animó a su esposo, que poco a poco ha podido salir del pozo. En este último tiempo una de sus hijas tuvo leucemia, gravísima enfermedad de la que va saliendo. Toda la familia se involucró en el cuidado de esta chiquita: mamá, papá, hermanos. El apoyo afectivo y efectivo, así como la excelente atención médica, están ayudando mucho.

¿En qué sentido esta mujer fortalece los vínculos en su familia, amigos, conocidos? Margarita influye generando ambientes en los que las personas se sienten bien, en casa. Ámbitos en los que se cultiva la belleza, en los que las personas se sienten atendidas y son más importantes que las cosas; un espacio en el que se cuida que unos piensen en los otros, predomina el buen humor, y las personas se sienten libres hace más posible el diálogo, el bienestar, el afrontar las dificultades, de manera especial el perdón o la reconciliación. Es claro que estos ambientes, cuando se dan en la cotidianidad, inciden en la formación de las personas, en su capacidad para relacionarse, en el ánimo para emprender acciones comunitarias o incidir de diversas maneras en la vida social.

Una de las circunstancias adversas en la construcción de ciudadanía en nuestra situación socio-cultural es la fragmentación social, el quiebre de la confianza y de los vínculos primarios y secundarios. Un ama de casa en su capacidad de construir espacios cotidianos que en la belleza, la atención a los demás, la acogida y la alegría o la paz, ayuda a fortalecer los vínculos, es un agente privilegiado en la construcción de ciudadanía.

3.2. *Formar centros en las periferias*

Mirta es una mujer de 41 años, vive en un barrio humilde de una ciudad del noreste del país. Tiene dos hijos adolescentes y con su marido forman un matrimonio que no es perfecto, pero que incluyendo las dificultades vive un amor sólido basado en la comprensión y el compañerismo: la verdad es que se los ve enamorados.

Mirta es catequista en su barrio. Ella es sociable, pero a la vez tímida, dulce, muy delicada con los sentimientos de los demás. En realidad su familia tiene una situación socio económica más desahogada que la mayoría de las familias del barrio: Jorge, su esposo, tiene un buen trabajo. Mirta ejerce la profesión de ama de casa y también de catequista. Aunque

en el barrio hay un buen grupo de catequistas de distintos niveles, ella influye en cohesionarlas, en animar a la participación, en hacer presente la comunidad cristiana de diversas maneras: preparando la Eucaristía cuando puede celebrarse en el salón comunitario, preocupándose de los enfermos o de los que tienen necesidades especiales, comunicando a las hermanas que viven en el barrio, a los sacerdotes de la parroquia o a quienes pueden intervenir, las necesidades de la gente.

No es ella sola, sino ella con los demás: con otros laicos comprometidos y con las hermanas forman una pequeña pero activa comunidad barrial. Mirta influye en conformar un buen centro en esta periferia. ¿Cómo lo hace? Generando un espacio especialmente comunitario sobre todo a través de la catequesis. Sus actitudes, su capacidad de comunicación, su compromiso, interés y cercanía a las personas, hacen que ese barrio tenga un centro de vida, de comunicación de la fe, de crecimiento integral de los niños, de atención a lo que necesita su pueblo. Así es como esta cotidianidad de Mirta, colaborando en generar un centro en la periferia, construye ciudadanía.

De hecho ella forma un pequeño núcleo con su marido, núcleo que irradia colaborando en generar un centro en esa periferia. Y esa capacidad *generadora de centros* que tienen este matrimonio –junto con otros, por cierto- ahora se ha fortalecido y dinamizado porque también a través de su influencia, Jorge se ha acercado mucho a Jesús, y se va involucrando más y más en la comunidad.

3.3. *Abrir espacios a Dios*

María Luisa es una religiosa de 60 años. Se consagró en su congregación cuando era muy joven. Ahora vive en un barrio del Gran Rosario, y despliega su misión en el mismo barrio y en una escuela parroquial de la ciudad. Aunque tiene mucho carácter –que le ayudó en los avatares de la vida a salir adelante y a dar la cara por otros que lo necesitaban– la gente la quiere mucho y en el trato con las personas es cercana, sabe escuchar y siente con los demás. Cuando habla de Dios –en las clases o en el barrio– sus ojos brillan y da la impresión de que habla la verdad y desde el corazón. En barrio colabora en algunas iniciativas que promueven la dignidad de las mujeres y afianzan la educación de los niños, entre otras actividades que van llenando sus días.

Pero en realidad el centro de las preocupaciones de María Luisa, y lo que transmite sobre todo a los demás es la sensación de que con ella Dios se hace presente en las realidades humanas. Con María Luisa, –tam-

bién con su comunidad religiosa- Dios se hace más cercano no solo en la intimidad de las casas, sino en la publicidad de la ciudad, de la vida común. Porque esta mujer habla con su vida, es lenguaje de Dios con su forma de existencia: su ser y presentarse como mujer-de-Dios, su pobreza, su disponibilidad, su sentido comunitario, su escuchar a los demás. En ella, en su sencillez y su amor humilde y sobre todo público, Dios se hace más posible, hasta más visible para todos, más accesible como compasivo, fuente de vida y patencia de que esta vida no es lo único que tenemos.

Todos, casi todos sus contemporáneos, hemos vivido esta presencia pública de Dios en Agnes Gonxha Bojaxhiu ¿Qué rasgos de Dios nos mostró la Madre Teresa? ¿Con qué lenguaje ella se hizo idioma público de Dios, globalizado? ¿Cómo nos hizo a todos más humanos? ¿Cómo tradujo la presencia de Dios en el capacitarnos a ser más buenos y solidarios? Esta mujer lo “dijo” a Dios con su compasión que manifestaba esto: cada persona humana, independientemente de su situación, pero en especial cuando esa persona “ya no sirve” o cuando tiene “una apariencia inhumana”, cada persona tiene un valor infinito, una dignidad inalienable, porque es amada incondicionalmente por Dios, porque ha sido bañada por la sangre de Cristo. Ese cuidado de los desposeídos, junto con la Eucaristía celebrada y adorada diariamente como manantial, antes de salir a la calle, fue su forma de adorar. Ella lo dijo de manera suprema como otras intentamos decirlo más precariamente, cuando nos mostramos a la vez como mujeres de Dios y mujeres para los demás. Cuando hacemos de este “a la vez” un absoluto de la propia vida, algo innegociable. Esta fue la convincente predicación de la Madre Teresa, así se hizo lenguaje de Dios, o bien, Dios la hizo luminoso y respetuoso lenguaje suyo. Nunca se avergonzó de ser mujer de Dios y nunca se avergonzó de serlo para los más pobres.

3.4. *Crear belleza en lo cotidiano*

En este emprendimiento quiero presentarles a dos Camilas. Camila A. es artista, escultora y sobre todo pintora. Tiene 57 años, y siempre encuentra formas, técnicas y nuevos impulsos para escuchar el ambiente social y las voces nuevas de la plástica. Ama la belleza, las formas, los colores. Busca expresar su amor por la naturaleza y por nuestras cosas plasmándolas en formas y colores que embellecen y ennoblecen los espacios públicos y privados. Lo que en su actividad ayuda a generar ciudadanía es expresar sentimientos auténticos, hacerse eco de la situación de nuestra cultura, ponerle voz a las

formas y los colores, especialmente autóctonos, desvelar el ser que se oculta en cada cosa. Y sobre todo colaborar en embellecer nuestra sociedad que a ratos parece manchada, corrompida por tantas formas de fealdad.

Camila B. es una arquitecta de 35, casada con Julio, también arquitecto: muchas veces trabajan juntos. Tienen tres chiquitos, y abundante trabajo doméstico y profesional. Camila diseña y construye sobre todo casas familiares. Se especializa en los espacios interiores. Con una estética minuciosa y minimalista, simple y limpia, a la vez discreta y calculada. Sus espacios son bellos, amplios. Resultan habitables a base de mucha libertad, oxígeno y practicidad. Los colores son austeros, suaves. Dan ganas de quedarse, no cansan.

Poner belleza en la vida cotidiana invita a encontrarse con uno mismo y con los demás, a descansar; y aunque también hay que salir, ese bienestar es esencial para que la ciudad resulte habitable, genere más fácilmente paz que violencia, haga más posible la creación y el pensamiento, dulcifique el dolor, facilite la educación de los más jóvenes, tengamos tiempo para los mayores, fortalezca los vínculos.

3.5. *Cuidar y honrar la vida*

Gabriela es médica ginecóloga, 40 años, casada con médico, madre de tres niños. Después de lo que hemos reflexionado y dicho acerca del cuerpo de la mujer como lenguaje, como base objetiva de la dignidad e identidad de las mujeres y de su capacidad de aporte a las comunidades, una ginecóloga parece un paradigma en la construcción de ciudadanía a partir de la vida cotidiana.

No hay duda: Gabriela cuida y honra la vida, la propia y la de los demás. Una ginecóloga tiene enorme influencia en las mujeres y a partir de ellas en la sociedad, aunque esa fuerza es discreta. Es cierto que hay buenos ginecólogos, pero la experiencia compartida de tantas cosas únicas: desde ese misterio de la menstruación que pone fecha concreta al fin de nuestra infancia, que pone ritmo a la vida entera de las mujeres, las experiencias del embarazo, el parto, el amamantar y el no dormir una noche seguida durante años... Eso difícilmente puede comprenderlo quien no sea mujer. Cada género tiene su don, su misterio, su carisma propios. Pero en esto de los espacios y de la vida cotidiana las mujeres tenemos innegables primeros lugares. La ginecóloga tiene la experiencia propia y la de cientos o miles de mujeres. Con su palabra, con su conse-

jo, con sus decisiones, con sus acciones cuida y honra la vida de miles de personas, de las madres y de sus hijos, y también cuida que sean sanas las relaciones de las parejas: ¿no es esto un espacio –justamente un espacio– privilegiado de construir ciudadanía desde la cotidianidad?

3.6. ¡Educar a los hijos!

Rita pertenece a un ambiente marginal. Está juntada hace varios años y tienen con su marido tres varones, de 10, 6 y 3 años. Rita casi no tuvo escolaridad. Además tiene serias dificultades para aprender, un desarrollo intelectual muy pobre, y es analfabeta.

Con tantos límites, sin embargo parece milagroso lo bien que educa a sus tres chicos. Santiago hizo el año pasado la primera comunión. Rita participó puntualmente en la catequesis familiar: iba “religiosamente” a todas las reuniones, quincenales, y decía con orgullo genuino: “estoy en la catequesis”. La animadora del grupo se quedaba con ella algunos ratos extra para facilitarle la comprensión de los temas. A su tiempo, hizo la primera comunión con su hijo mayor.

Sus hijos van a la escuela y la disfrutan. El mayor se va al campo en las vacaciones para ayudar a su tío y de paso tomar más aire puro. José - 6 años- es de una simpatía fuera de lo común: pero esta simpatía viene unida al respeto, al *por favor* y *gracias*. Dentro de esta facilidad para hacerse amigos, viene a nuestra capilla a visitar a Jesús, y a nuestra casa preguntando: “hay algo”. Pero Rita ha venido a decirnos que no quiere que le demos nada, porque no es bueno que se acostumbren a pedir, a *mendigar*. Estas pequeñas-grandes cosas, en el medio en el que se desarrolla sus vidas, sólo se puede interpretar desde la buena influencia educativa que ejerce esta madre sobre sus hijos.

¿Hará falta explicar de qué manera una mamá que educa bien a sus hijos construye ciudadanía desde la cotidianidad? Creo que es algo patente para todos. Valga por ahora el testimonio de Rita.

Por ahora lo dejamos aquí. Nos debemos y les debemos continuar la reflexión. Seguiremos descubriendo las posibilidades que la vida cotidiana ofrece a las mujeres para generar ciudadanía. Y lo que muchas mujeres van construyendo, en nuestras necesitadas *polis*, a través de la cotidianidad de sus pequeñas o grandes biografías.

MARÍA JOSEFINA LLACH
30.04.08/31.05.08

CATOLICISMO Y DEMOCRACIA EN LOS ESTADOS UNIDOS

RESUMEN

Se hará un recorrido histórico acerca de la relación Iglesia-Estado en los Estados Unidos, con el fin de identificar el grado de influencia que el catolicismo americano ha tenido, desde una posición “separatista”, en las estructuras sociales y políticas de la democracia más duradera y hegemónica de occidente, como así también en el magisterio social del siglo XX. En un momento histórico, donde la crisis de los valores morales parece amenazar las instituciones liberales –tal como lo señala Benedicto XVI en su última visita pastoral a Estados Unidos–, conocer cómo, a diferencia del laicismo europeo, en el Estado laico americano el catolicismo defendió la democracia republicana como garantía de la libertad religiosa, y en beneficio de los derechos del hombre, puede resultar útil a la pastoral de otras Iglesias locales de occidente que cohabiten con democracias similares. Se mostrará mediante documentos de los siglos XVII, y XVIII, por qué la concepción “americanista” –nombre que en Estados Unidos toma el catolicismo local– ha defendido las estructuras democráticas republicanas como condición de posibilidad de las libertades individuales de las minorías –religiosas, étnicas, y obreras–, y en contraposición del liberalismo individualista–.

Palabras clave: Democracia, catolicismo, liberalismo, americanismo.

ABSTRACT

This article conducts a historical review of the Church-State relationship in the United States to determine the degree of influence that American Catholicism's separatist position has had on the social and political structures of the most durable and hegemonic Western democracy. It also explores the significant influence of American Catholicism on the social magistry of the Roman Catholic Church in the twentieth century. At a time when a crisis of moral values seems to seriously threaten liberal institutions, as described by Pope Benedict XVI in his April 2008 pastoral visit to the United States, the article demonstrates how, in contrast to European laicism,